

Los archivos en el arte

Chacal

José María Fernández Hevia

"... En los archivos [...] había cuatro millones y medio de expedientes personales sobre individuos [...] Se hallaban archivados, a lo largo de casi nueve kilómetros de estantes [...] los archiveros se jactaban de poder desenterrar en pocos minutos los detalles de una violación cometida en un pueblecito diez años atrás, o los nombres de los testigos que habían tomado parte en un oscuro juicio que ni siquiera había merecido los honores de la publicidad"

Corpulento, el viejo se inclinó en un gesto inesperado; la bala destinada a reventarle el cráneo continuó su trayectoria y se perdió entre correaes y banderas; el desconcierto del francotirador duró sólo un instante, el preciso momento en que tuvo que enfrentarse a su propia muerte.

En este final de *Chacal* (1971), el viejo salvado por el azar no es otro que Charles de Gaulle: héroe y restaurador de Francia, presidente monárquico de una república imperial, encarnación autócrata del Estado, demócrata *malgré lui*. Su acechador, un asesino profesional que actúa en solitario, armado únicamente con un rifle, su astucia y el anonimato: el individuo contra el Estado.

¿Ficción? No del todo: en los años de plomo en los que se labró la emancipación argelina (1960-1962), los archivos franceses recogen la planificación de no menos de una veintena de atentados contra el jefe del estado. Todos a cargo de la OAS, organización terrorista opuesta a la independencia de Argelia. El más sonado, el complot de 1962 que estuvo a punto de costar la vida al presidente, acabó sin embargo por derrotar definitivamente a los extremistas: miles de ellos fueron encarcelados y muchos otros *ejecutados extrajudicialmente*. Sorprendentemente, aún entonces un



irreductible volvería a intentarlo, sin más apoyos que su odio y un rifle de precisión: la obstinación de la OAS era legendaria.

Frederick Forsyth prefirió transformar a este terrorista iracundo y errático, curtido en la tortura y asesinato indiscriminados, en un personaje más fotogénico: un profesional con maneras de gentilhombre, que exhibe encanto, trajes entallados y dominio de sí mismo; metódico, implacable, atildado y amoral; desapasionado:

"...en nuestro trabajo no podemos ser emotivos".

En su debut como novelista, Forsyth tuvo el mérito indiscutible de haber mantenido en todo momento la tensión y la intriga en esta historia de un asesinato imposible, cuyo tempo está marcado por algo tan aparentemente anodino como el uso de los documentos de archivo. La novela fue inmediatamente adaptada a la gran pantalla; el film, dirigido por Fred Zinnemann (*Solo ante el peligro*, *De aquí a la eternidad*) y protagonizado por Edward Fox en el papel de su vida, contó con un guión adaptado de Kenneth Ross, que condensó adecuadamente el argumento original.

¿Cómo puede una organización

terrorista, debilitada por las delaciones y totalmente acorralada, lanzar un golpe definitivo? Contratando a un técnico, un asesino profesional sin identidad conocida: el magnicidio a crédito. Y es que sólo alguien invisible al ojo omnímodo de un Estado que ejerce rutinariamente su poder mediante una red de empleados civiles y militares encargados del acopio, registro y archivo de enormes masas de información para controlar a sus ciudadanos, podría asumir el reto de descabezarlo.

"Ni un solo policía francés debería conocerle, ni debería existir su ficha en ningún archivo. El punto débil de las dictaduras es que son vastas burocracias. Lo que no está en los archivos no existe".

Algunas cosas son convenientes si se quiere matar a un presidente: pernoctar; realizar transacciones bancarias; sortear controles; comprar un billete de avión, atravesar una frontera o alquilar un coche llegado el caso: acercarse sin despertar sospechas. Para todas ellas es necesario acreditarse mediante documentos nominativos que generarán a su vez documentos y registros controlables por la policía. El argumento de *Chacal* no es otro que el



insultante pulso al Estado de un asesino que oculta su identidad, utilizando como cortina de humo documentos falsificados; y la respuesta del poder, que empleará a fondo su maquinaria para poner un nombre y una imagen a la amenaza, desenmascararla y destruirla. Al precio que sea.

"Toda la estructura de las fuerzas de seguridad de Francia es impotente por falta de un nombre. [...] La primera tarea a realizar [...] consiste en dar un nombre a este hombre. Con un nombre, tenemos un rostro; con un rostro, un pasaporte, y con un pasaporte, una detención".

El Estado movilizará todos sus efectivos, cada uno en su ámbito: espías y archiveros, invisibles como se debe; los torturadores, en la penumbra; policías y detectives, en primera línea. La consulta de un expediente archivado conducirá a un secuestro *de oficio* y a un interrogatorio; los golpes y descargas eléctricas, a un testimonio y un asesinato alega; la confesión, a un informe; éste, a unas directrices de investigación. Nuevas consultas y comprobaciones de documentos de archivo permitirán finalmente identificar la amenaza. Sólo la astucia del criminal logrará evitar el cerco una y otra vez, hasta que el círculo se cierre.

París, Plaza del 18 de junio de 1940; conmemoración de la jornada que transformó a un fuera de la ley en personificación del Estado, celebración del Día de la Liberación: ceremoniales de identificación del poder con la nación en armas, escenificación de su legitimidad y su fuerza. Un concelebrante anónimo arrastra penosamente sus muletas: camuflado como héroe menor, antiguo combatiente mutilado, el asesino ha logrado burlar la vigilancia policial. Al acecho, espera pacientemente su momento.

Inevitablemente, fracasará en su intento: aún restan algunos años para que al viejo general le sorprenda la muerte, jugando apaciblemente a las cartas en su retiro de Colombey; el profesional meticuloso y cosmopolita morirá acribillado sin poder disfrutar de sus honorarios. Será enterrado en una tumba sin nombre, con su principal perseguidor –dignidad e inteligencia en traje de franela– y dos sepultureros como únicos testigos: y es que, aún vencido, el arrogante emboscado se habría reservado un último triunfo: haber conseguido preservar, para siempre y frente a todos, su verdadera identidad.

Todo pudo haber ocurrido en el verano de 1963; a Lee Harvey Oswald aún le faltaban algunos meses para entrar en la historia.

